

San Josemaría Escrivá y el renacer de vocaciones sacerdotales en el Perú

VICENTE PAZOS.

"El Perú no puede quedarse sin sacerdotes". Son palabras de San Josemaría, pronunciadas en el Perú en el mes de julio de 1974 cuando nos visitó en Lima, portadoras de mucho más que un deseo: una propuesta.

Cuando el *Padre* se fue al cielo, el entonces Cardenal Primado de España M. González Martín escribió estas palabras: "Cuando se haga la historia detallada de estos años de la vida de la Iglesia—en España y en otros países- este influjo del espíritu del Opus Dei entre sacerdotes diocesanos será uno de los hechos más decisivos para valorar la huella dejada por Mons. Escrivá de Balaguer en la vida de la Iglesia. Y también aquí, permítaseme que insista en ello una vez más, con la fuerza de la vida, con decisiones y afanes hechos surgir en el corazón de numerosos sacerdotes".¹

El amó, y ama, mucho al Perú y a los peruanos, pues desde niño se produjo en él una admiración especial por nuestro país. Le oí contar en una ocasión que había aprendido a leer en un libro que presentaba un relato cuya acción transcurría en el Perú, concretamente en Jauja, donde todo era fácil y abundante, hasta el extremo, decía, que se ataban los perros con longanizas. En aquella ocasión nos hablaba de esperanza sobrenatural y quería que no fuéramos ingenuos pensando que no íbamos a encontrar dificultades en nuestros empeños apostólicos. Y por eso decía con fuerza en aquella ocasión: ¡no existe Jauja! Poco después quise comprobar que sabía donde estaba Jauja y el porqué de la admiración por ese lugar. Lo sabía perfectamente.

¹ Cardenal M. GONZÁLEZ MARTÍN, *La huella de un hombre de Dios*, en AA. VV., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*. Pamplona, 1985, Pág. 390.

Esa admiración y cariño se concretó con los años en un conocimiento más preciso y en objeto de su inquietud apostólica. Cuando me sugirió venir al Perú me preguntó si la elevada humedad de Lima no me iría mal. Era admirable escuchar las orientaciones y consejos que daba a quienes iban a pasar por Lima, propios de quien estaba bien informado y le tenía un gran aprecio. En Lima decía a los miembros de una familia a la que había recibido: *"Yo me encuentro muy contento en el Perú, muy feliz de estar entre vosotros. Desde muy joven admiraba al Perú, pues cuando se quería decir que algo era muy bueno, yo oía: ¡vale un Perú! Y esto lo he comprobado al venir aquí"*.

A un limeño, de profesión arquitecto le decía también en esos días: *"los peruanos os llenáis de rubor para alabar a vuestro país, y no os atrevéis. Pero el Perú tiene cosas maravillosas. Vuestros antepasados han hecho mucho por la cultura. Debéis volver la vista hacia atrás, y observar las obras anteriores; luego, mirad adelante, y seguid ayudando al desarrollo de esa cultura"*.

San Josemaría visitó muchas de las principales capitales de América Latina pero hasta donde estoy informado sólo en Lima conoció algún palacio, como Torre Tagle, iglesias como la Catedral, conventos como el de S. Francisco. Comprobó en la pintura peruana una gran devoción a María Santísima, en los muchos cuadros, preciosos, que había visto. Le admiró ver en la iglesia de San Francisco y en la casa de un buen coleccionista, buenas imágenes de San José, al que tanto quería. Nos decía que en el Perú ha habido mucha gente con un espíritu colosal, un espíritu cristiano hondo; que por ser un país tan cristiano, sería difícil que el diablo no intentara hacer algo para quitarle la fe.

Decía del Perú, aquí en Lima entre nosotros, que esta tierra predilecta del Señor, tiene un fondo de oro. Y removido por el afecto que encontró, el día de fiestas patrias nos aseguró que al Perú se sabe cuando se entra, pero no cuando se sale: por el cariño.

En un entorno familiar disfrutó escuchando una serie de canciones peruanas: "José Antonio", "Historia de mi vida", que habla de una vida comenzada "cuando llegaste tú", de que "hoy, quiero, enamorado vivir sólo por ti" y "El rosario de mi

madre". El Beato Josemaría miraba fijamente al que cantaba, y en su mirada se podía adivinar que algo le estaba diciendo al Señor. El vals, "Historia de mi vida", ya lo había escuchado en Roma por el año 54 y le había gustado mucho.

En sus días limeños tuvimos frío y mucha humedad. Se abrigó muchas veces con un poncho. Primero con uno tosco pero de la mejor lana, del Cusco, de color marrón. Después con uno negro. Un día comentaba que le gustaba mucho el poncho pero que le daba mucho calor. ***"Me lo pondré al atardecer, -decía-. Ayer lo llevé mucho rato y esta noche me lo volveré a poner. Es muy cómodo y muy limpio y no pesa nada y abriga mucho, y además es muy simpático, y además es del Perú"***

Ese cariño al Perú tenía su centro de gravedad, como es lógico, en las almas, en la santidad de los peruanos. Es fácil comprender que si hablamos de vida cristiana, de santidad, aparezca la necesidad de la presencia del sacerdote. "La sustancia cristiana, el 'nomen gratiae' de que hablaba San Agustín, está radicalmente en los fieles: todos y cada uno, en la Iglesia, están en camino de salvación y santidad por su condición de cristianos. Pero esa sustancialidad no se la da la 'congregatio fidelium' a sí misma, sino que -decíamos- es fruto del Espíritu, que Cristo envía en la Palabra y los Sacramentos.

De ahí que el servicio específico que prestan a la comunidad los ministros de la Palabra y de los Sacramentos no sea para los fieles una "posibilidad" que se ofrece entre las múltiples que se operan dentro de la 'congregatio', sino una radical condición de existencia: "usa" ese ministerio en la economía de la salvación instaurada por Cristo, es esencial para que en la "congregación de los fieles" quede asentada la sustancia de lo cristiano. En este sentido los ministros, porque representan a Cristo Cabeza, tienen, en cuanto tales ministros, prioridad funcional en el seno de la estructura. Esta prioridad testimonia que Cristo es la Cabeza y el Salvador de su Cuerpo".²

En esta realidad se asienta el profundo amor de San Josemaría a los sacerdotes diocesanos y su preocupación pastoral por ellos. Un cariño que comenzó

2 PEDRO RODRIGUEZ, FERNANDO OCARIZ, JOSÉ LUIS ILLANES, *El Opus Dei en la Iglesia*. Prólogo de Mons. Álvaro del Portillo. Madrid, Rialp, 1993, 2ª ed., p. 66 ss.

en el seminario donde, nombrado muy pronto uno de los superiores del mismo, se entregó a la formación de sus condiscípulos con toda su alma, con toda su generosidad. Llegado al sacerdocio pudo experimentar las circunstancias de la labor sacerdotal, en parroquias rurales, Perdiguera y Fombuena. En Madrid y desde Madrid se desvivió por sus hermanos sacerdotes de todo España, a veces de forma heroica, como se irá mostrando en futuras biografías sobre su persona.

En la década del 40 atendió a miles de sacerdotes y seminaristas en cursos de retiro, a los que era llamado por los distintos obispos. Fue una ocasión especial para vivir muy de cerca sus luchas, su "soledad", sus necesidades. Todo ello terminó configurando en su alma la necesidad de hacer, no algo, sino mucho, por sus hermanos sacerdotes. Decidió cuando el Opus Dei ya había alcanzado determinado desarrollo, y lo comunicó a la Santa Sede, a sus hermanos Carmen y Santiago, a algunos y algunas del Opus Dei, dejar la Obra para dedicar todas sus energías a una nueva fundación, exclusivamente sacerdotal. Gracias a Dios no fue necesario pues encontró, inspirado por Él, la solución adecuada dentro de la Obra. Pero su generosidad recordaba a la de Abraham.

Es explicable que al llegar al Perú y conociendo con más detalle las cosas se lamentara de la escasez de sacerdotes. Siempre han sido insuficientes los sacerdotes en nuestro país (¿por qué será? ¿Será la debilidad de la familia?) y él lo sabía, pero al estar entre nosotros esa realidad le pesaba más en el alma. Se comprende que el principal tema de conversación con el Cardenal Landázuri, en el palacio arzobispal, fuera el seminario de la arquidiócesis. El día 26 de julio, en Chosica, hablando a un grupo muy numeroso de sacerdotes se expansionó diciéndonos: ***"He aprendido mucho en Lima. He aprendido a ser más humilde. He aprendido a luchar contra la corriente, porque ¡cuidado que estáis solos. Por mucho que he abierto los ojos, no he visto más curas que vosotros! ¿Dónde se esconden los demás? No lo entiendo"***.

Su empeño por revertir esa situación comenzó y se apoyó en la oración. En sus días peruanos, especialmente en reuniones masivas, pidió frecuentemente oraciones por los sacerdotes, diciéndonos que los sacerdotes seríamos mejores si se rezara más por ellos. Promovió oraciones por todas partes como base y esperanza de vocaciones sacerdotales. Él, muchos años antes, veinte más o menos, ya había orado mucho por esta intención pudiendo asegurar a unas peruanas que vivían en Roma y

refiriéndose a la Prelatura de Cañete, Yauyos y Huarochirí: "*Dentro de unos años tendréis muchos sacerdotes nativos, muy bien preparados, que harán una labor verdaderamente maravillosa*".³

Esto se cumplió al pie de la letra: muchos y muy bien preparados, bastantes de ellos con brillantes doctorados en las mejores universidades europeas. La primera ordenación de tres sacerdotes fue en 1978. En este año 2002 se ordenará el número 55 de los incardinados en la Prelatura habiendo cinco más que se ordenaron para otras diócesis. En el Seminario Mayor hay este año, contando la Propedéutica, 55 seminaristas. Van creciendo al ritmo de unos 10 al año, y pronto serán 70. En el Seminario Menor tienen en este momento 80 chicos.

Varios obispos escucharon de labios de San Josemaría este consejo de rezar y hacer rezar por las vocaciones sacerdotales y el convencimiento de que dentro de poco tendrían muchas vocaciones. Un Prelado peruano, obispo de una diócesis andina, había decidido cancelar un inicio de seminario menor pues no se lograba ningún resultado. Con sus sacerdotes había decidido clausurarlo. Pero antes de hacerlo pensaron pedir consejo al *Padre* que llegaba al Perú. Éste le dio ánimos, le instó a seguir rezando y trabajando y lo llenó de seguridad: vendrían muchas vocaciones.

El protagonista de esta conversación, se conmueve al recordar, que en aquel momento, creyó a pies juntillas, que dentro de muy poco tendrían muchas vocaciones, y por eso el tema quedó zanjado. Lo relata lleno de agradecimiento, con el pasar de los años. Cuando se encontró con el rector del preseminario, y los otros sacerdotes le preguntaron enseguida qué le había dicho el *Padre* les contó la entrevista y sus consejos. El comentario unánime fue: entonces seguimos adelante, ya vendrán vocaciones. Nadie puso un pero, ni el menor reparo. ¡Le creyeron!

Y ¿qué sucedió después? Continuaron con los cinco seminaristas. Pero antes de cumplirse un año de la entrevista, se fue al cielo el *Padre*. A los tres meses, en una reunión mensual de todos los sacerdotes, uno de los párrocos preguntó cómo debía preparar a dos muchachos que querían venir al seminario. Inmediatamente otros

3 PILAR URBANO, *El hombre de Villa Tevere*, Plaza y Janes. 1995, Pág. 441.

sacerdotes dijeron que también tenían uno o dos... total: 12 muchachos que pedían entrar en el seminario. Nunca habían tenido tantos. Comenzaba a cumplirse la profecía. Al mes siguiente, noviembre, eran 32, en la reunión de diciembre pasaban de 40 los muchachos que querían ingresar al seminario.

Dado que no cabían en la casucha que tenían, tomaron tres decisiones. Tener en la primera quincena de enero un cursillo de selección; comprar de inmediato un terreno, para construir de una vez el seminario menor y el mayor; ambos seminarios. Para todo ello tenían un buen abogado en el cielo.

Al cursillo de selección, del 2 al 15 de enero, los párrocos llevaron 53 muchachos. Al final del cursillo, y con mucha pena, admitieron sólo a 18, porque la casucha-seminario no daba para más, y aún, eso, poniendo el comedor en el patio, bajo un cobertizo de "eternit", convirtiendo el comedor en sala de estudio y la sala de estudio en dormitorio con camarotes.

El terreno se compró sin tener dinero. Una huerta grande a trescientos metros del Obispado y la Catedral. Lo pagaron en tres meses con ayudas del exterior. En abril tenían el terreno en propiedad, con escritura pública, los planos de ambos seminarios, menor y mayor, y comenzaban las obras con 22 obreros.

Las vocaciones siguieron llegando año tras año en abundancia. Pronto tuvieron que decidir que la totalidad de la construcción sería sólo para seminario mayor: filosofía y teología. Y consiguieron, regalo de los Padres de la Orden Franciscana, un nuevo terreno para seminario menor, a unas cuatro cuadras de distancia. Desde aquella conversación en 1974 se han ordenado 100 sacerdotes. Tienen 64 seminaristas en el Seminario mayor y 50 en el menor.

En la diócesis siguen confiando en su intercesor San Josemaría, fiándose plenamente de él. En el seminario quedó como recuerdo una lápida con el retrato de San Josemaría agradeciéndole que "en 1974, ante la escasez de vocaciones sacerdotales que asolaba la Diócesis de Abancay, aseguró que, con el recurso a la oración, vendrían numerosos candidatos al sacerdocio, como efectivamente ocurrió".

Otro Prelado, obispo de una diócesis de la costa, nos podría contar que hace treinta y tantos años no tenía seminario. Pero que con la vibración, los consejos

y la oración de San Josemaría ahora tiene 77 seminaristas mayores y que fruto de la labor de ese seminario se han ordenado 88 para su diócesis y alguna más.

Un día de julio, el 26, pudo reunirse con un buen grupo de sacerdotes, aunque no muy numeroso –algo menos de cien– pues padeció una enfermedad respiratoria muy seria que obligó a cambiar planes y avisar con poco tiempo. Sólo una anécdota. A un párroco de la sierra le comunicaron la noticia en la tarde del día 25, cuando el único ómnibus que baja hasta Lima había ya partido.

Entonces, él decidió recorrer en moto –de rueda pequeña, por cierto– los trescientos cincuenta kilómetros que le separaban de Lima. ¡Y qué kilómetros! Como por aquellos parajes anochece muy pronto y alborea muy temprano, salió a las cuatro de la madrugada. Siete horas después, a las once de la mañana, se encontraba en Chosica, esperando con la misma ilusión de todos la tertulia.

Al *Padre* desde horas antes se le veía recogido en oración, preparándose. Al llegar, hizo un gesto con el índice de su mano derecha, cortando unos aplausos que comenzaban. Llevaba el propósito de abrir su alma, de mostrar como el Señor se metió en su vida. Quería animar a todos a buscar vocaciones para el sacerdocio. Comenzó diciendo que aquella conversación tenía que ser una confidencia de hermano y de Padre. Que quería abrir su corazón delante de ellos.

Se le notaba un poco cansado, convaleciente aún de la enfermedad que le había afectado en los días pasados. El tono de su voz –bajo, como un murmullo confidencial– y las palabras con que dio comienzo, crearon un ambiente especialmente íntimo. Nos dijo que el Señor hizo una de las suyas y que barruntó el Amor, la llamada de Dios. Supo que quería algo de él.

Pasado un buen tiempo llegó al punto culminante de su conversación –una confidencia muy particular la llamó en algún momento– y que era ésta: entonces los sacerdotes vivían con la seguridad física de que tendrían continuidad. Había abundantes vocaciones, las familias llevaban sus hijos a los Seminarios y se facilitaba la continuidad. Nos pedía sacar una decisión, un propósito: promover vocaciones para el Seminario de cada diócesis. Dadles vida interior, aconsejaba; enseñadles a amar a Dios, a encontrarle dentro de su alma, a tener una piedad filial a la Santísima

Virgen, a pensar que la cosa más grande del mundo es ser otro Cristo y el mismo Cristo. Y que buscaran ayuda económica.

Tranquilizó a un médico que lo veía cansado. Con razón un documento solemne de la Santa Sede calificó a estos viajes suyos de extenuantes.⁴ Nos habló de la últimas estadísticas eclesísticas diciéndonos con pena que la Iglesia se encogía. *«¡Hermanos míos! -nos decía con fuerza-, quizá desea el Señor que me despida hoy de vosotros de esta manera: poniéndoos la ilusión, el entusiasmo, el afán de formar sacerdotes. ¡Depende de vosotros!»*. Además detalló la formación que había que darles.

Removía a los sacerdotes presentes diciéndoles que suponía que estaban haciendo propósitos; pensando en muchachos que conocerían, en familias menos piadosas pero que tienen hijos buenos: "Ya estaréis encomendando, afirmaba, que el Señor os ayude a echarles el anzuelo, a arrastrarles, a ilusionarles. ¡Vosotros y yo somos felices!, decía con fuerza. Os veo a todos en la cara que sois felices. Con preocupaciones, con disgustos, con contrariedades. Yo soy feliz, ¡muy feliz!, y quiero que otros muchos sean felices como yo, y más que yo, porque serán mejores".

Y levantaba el tono de la exigencia: *«¡Hermanos míos! ¡Decisión! Ya ponernos a la obra enseguida. ¿Qué he hecho para encontrar vocaciones? ¿A qué Seminario los puedo dirigir? ¿Qué escuelita puedo preparar? Una escuelita, a veces con una buena maestra de pueblo, es el camino para comenzar. Después, contáis con Obispos encantadores, que consideran el Seminario como la pupila de sus ojos. No es posible que el Perú se quede sin sacerdotes. ¡No es posible! Esto es el Imperio del Sol, pero ha de ser el Imperio del Sol divino. Esto debe ser la luz divina, la solución para muchos países americanos. Si vosotros os empeñáis, con la gracia del Señor, lograréis trabajar en el Perú y desde el Perú»*. Gracias a Dios y a la intercesión de San Josemaría varios sacerdotes de éstos que promovió trabajan en Estados Unidos con los hispanos y en otros países de América.

4 DECRETO PONTIFICIO sobre el ejercicio heroico de las virtudes del Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, Sacerdote, Fundador del Opus Dei. Roma 9 de abril de 1990.

«Y haced rezar por el Seminario, -añadía-. Esas viejitas que suspiran en el rincón de la iglesia -a mí me reventaban cuando era joven, añadía, y ahora las miro con mucha envidia-, que suspiren por los seminaristas, rezando al Señor para que sean santos y fieles. Y los sacaréis adelante. Estoy hablando todo el rato de vocación sacerdotal. Ya veis que no hablo de vocación al Opus Dei. No es que las rechace, al contrario, ojalá fueran muchas las que vinieran por vuestras manos. Pero me interesa deciros que deben llegar vocaciones para los Seminarios».

Insistía en que no se quedaran tranquilos si no proporcionaban vocaciones. En ocho o nueve años pueden comenzarse ya a ver los frutos de vuestra labor sacerdotal, precisaba. Nos proponía ser ejemplo manifiesto de la presencia del Señor en el sacerdote, que continúa viviendo en la tierra a través de él, que en el altar es Cristo, y cuando da la gracia y cuando administra los Sacramentos es Cristo. ¡Que se enamoren de esa figura! *«¡Sacerdotes y seminaristas! –repetía mientras se retiraba-. Perú, -decía con fuerza-, no debe quedarse sin sacerdotes. Depende de vosotros».*

Nos persuadía a hacer esta labor, mirando y amando a toda la Iglesia, sin reducciones de ningún tipo. Nos hablaba en estos términos. *«Propósito firme: ¡por lo menos, un sucesor! Y, como fallan, por lo menos dos, para que haya el cincuenta por ciento de probabilidades. Y mejor tres, y así nos movemos con más seguridad. Si os lo proponéis, le daréis la vuelta a todo. Basta que queráis. Diréis: Padre, ¿y usted, para el Opus Dei? El Opus Dei ya saldrá. También nos vendrán vocaciones para el Opus Dei, a montones; pero no se trata ahora de eso. Se trata de promover vocaciones al sacerdocio, para las diócesis. ¡Buscadlas, pedidlas al Señor! Rogad al Señor que envíe obreros a su mies! A mí me conmueven aquellos paseos de Jesús, rodeado de sus discípulos hambrientos, por los trigales de Galilea. Y el Señor se queja: la mies es mucha, los operarios pocos. Nunca ha sido tan grande la necesidad de operarios para la mies de Cristo, como ahora».*

Dios quiso acoger la oración y la vibración de San Josemaría, y los sacerdotes que le escucharon fueron fieles a todo lo que oyeron y se escribió una página muy fecunda en la vida de la Iglesia en el Perú. En momentos de deserciones y desánimos,

de cierre de seminarios y experiencias extrañas, que por lo menos estaban fuera de lugar, «en ocho o nueve años» se comenzaron a ver los frutos, y poco a poco comenzaron a madurar.

Desde el 26 de julio de 1974, fecha de esta tertulia memorable, a enero de 1996, como fruto del celo proselitista de los sacerdotes que estaban allí presentes, en aquella tertulia, se ordenaron más de 200 presbíteros que ahora trabajan en once diócesis: Chiclayo, Chota, Lima, Abancay, Ayacucho, Huancavelica, Cusco, Chuquibambilla, Cañete, Huánuco, Huaraz. Se iniciaron varios seminarios que hoy día son florecientes. Cuando San Josemaría hablaba a este grupo de sacerdotes en Chosica, los sacerdotes peruanos de nacimiento eran un poco más de 500. Hasta el día de hoy muchos más. Se cuentan por centenares

Refiriéndose a la Prelatura de Yauyos alguien ha escrito recordando el paso de San Josemaría Escrivá por el Perú: *«El Padre regresa a Roma, pero la huella de su oración, de su cariño y de su recuerdo, da frutos insospechados. El crecimiento continúa. En unos cuantos años más, los pueblos están atendidos por sacerdotes nacidos en la prelatura. Algunos de aquellos otros que treinta años antes llegaron a Yauyos, con una gran ilusión en el alma y toda la fuerza de su juventud, vuelven a sus diócesis de origen con la alegría de haber dejado una huella luminosa de vocaciones sacerdotales. En su recuerdo se han grabado aventuras, esfuerzos y sacrificios sin cuento. En el corazón de miles de pobladores de las sierras y de los valles costeros, queda un agradecimiento hondo y una gran veneración al sacerdote».*

Un día que están reunidos en animada tertulia sacerdotes jóvenes y mayores, resulta emotivo el comentario de uno de los primeros que vinieron a Yauyos. Se vuelve afectuoso hacia el sacerdote joven sentado a su lado y dice sonriente: «¡A este sacerdote lo bauticé yo!» Todos ríen, algo emocionados. En ese momento, otros sacerdotes jóvenes también piensan con cariño y agradecimiento en aquel buen sacerdote que les bautizó, que supo sembrar en su corazón la vocación sacerdotal, y que sigue despertando ilusiones en otros continentes, probablemente con el corazón y el recuerdo en Yauyos.⁵

⁵ ANTONIO DUCAY, JOSEMARIA, Lima, Ed. Tercer milenio, 1996, pág. 177.

Muchos de ellos, han recibido la vocación para la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.⁶ Así se expresaba acerca de esta labor impulsada por San Josemaría el Arzobispo del Cusco el año 1985. «Soy vecino de las diócesis de Abancay y de Huancavelica; en la primera de ellas pasé mis primeros años como Obispo.

Me une una estrecha amistad con muchos sacerdotes de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, asociación de clérigos intrínsecamente unida a la Prelatura Personal del Opus Dei. Puedo asegurar que el florecimiento de vocaciones sacerdotales en el Perú va de la mano de sacerdotes, metidos en las alturas de nuestros Andes, cobijados en las frías punas o asentados en muchos pueblos de nuestra Costa y Sierra, que animados por el espíritu de Monseñor Escrivá y perteneciendo a esta Sociedad Sacerdotal, trabajan promoviendo el bienestar social y humano y descubriendo vocaciones sacerdotales, generosamente.

Este trabajo sí que es una clara opción, ni exclusiva ni excluyente, por los más pobres. El silencio y el trabajo discreto es lejano y por eso no se conoce suficientemente. Yo sí lo conozco, lo veo y admiro y lo proclamo en honor de su Fundador. Son hijos fieles de una gran Padre».⁷

En Huancavelica arrancaron desde cero con un seminario menor que en el 2002 ha llegado a tener 139 alumnos. Tienen 30 seminaristas mayores y dos más en Europa. Han ordenado 14 sacerdotes y el 29 de agosto de este año recibirán el

⁶ La Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz es una asociación de clérigos intrínsecamente unida al Opus Dei. Está formada por los clérigos de la Prelatura —que son socios natos— y por otros presbíteros y diáconos diocesanos. El prelado del Opus Dei es el presidente de la sociedad. Los clérigos diocesanos que se adscriben a la sociedad buscan recibir ayuda espiritual para alcanzar la santidad en el ejercicio de su ministerio, según la ascética propia del Opus Dei. Su adscripción a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz no conlleva la incorporación al presbiterio de la prelatura: cada uno sigue incardinado en su propia diócesis y depende sólo de su obispo, también en lo que se refiere a su trabajo pastoral, y sólo al obispo da cuenta de esa labor.

⁷ MONS. ALCIDES CASTRO, (Arzobispo del Cusco), «Testigo de amor a la Iglesia», *El Comercio*, Lima, 26.VI. 1985.

presbiterado tres sacerdotes preparados íntegramente en los seminarios de Huancavelica desde el inicio de su formación, en instalaciones nuevas apropiadas, con profesores selectos.

El Perú tiene una deuda de cariño con San Josemaría Escrivá pues a nadie se le escapan los alcances de la labor sacerdotal en la vida cristiana y en el plano de la promoción humana.

VICENTE PAZOS
CAPELLÁN MAYOR DE LA
UNIVERSIDAD DE PIURA